

MONOGRAFIA CEDICE No. 37

Mercado y pluralismo en Venezuela:

**HACIA LA REIVINDICACIÓN DE
LA LIBRE INICIATIVA**

HERBERT KOENEKE
Premio de Ensayo Carlos Rangel 1990

PRESENTACIÓN

El premio Carlos Rangel fue establecido con el fin de estimular la presencia en el debate público de ideas y argumentos que enfatizaran la relevancia de la libertad como motor y sustento de la realización y felicidad del ser humano. Al mismo tiempo, se quiso honrar y realzar la memoria de quien fuera constante, decidido, ejemplar y valiente defensor de esos ideales, Carlos Rangel.

En 1990 se produce la segunda edición de este premio, iniciado en 1989. En esta oportunidad produce una doble satisfacción: por una parte, el hecho de la multiplicación de trabajos presentados para optar al premio, en relación al año anterior, y por la otra, el derrumbe de las ideologías totalitarias a nivel mundial, que indican la firme vocación y decisión del ser humano, de convertir la libertad en el centro y eje de su actividad vital.

El premio correspondió este año al ensayo, *“Mercado y Pluralismo en Venezuela: Hacia la reivindicación de la libre iniciativa”*, cuyo autor es Herbert Koeneke.

En el ensayo se desarrolla un interesante análisis sobre el contenido del libro de Brzezinsky y Friedrich, escrito en 1965, en el cual ellos hacen un estudio del totalitarismo determinando que: “no existían motivos en esa época para concluir que los sistemas totalitarios desaparecerían como resultado de una evolución interna”.

Adicionalmente, se analiza también la opinión de Francis Fukuyama de que la democracia liberal habría sido aceptada casi universalmente hoy en día como el sistema político ideal.

En consecuencia, se desarrollan respuestas interpretativas a las preguntas siguientes:

“¿Por qué las tesis sobre la expansión del comunismo y del totalitarismo resultaron tan frágiles desde el punto de vista empírico? ¿Cuán sólida es la tesis de Fukuyama sobre el triunfo definitivo de la democracia liberal? ¿Se puede extraer alguna lección útil para Venezuela del análisis de las tesis anteriores?”.

En las respuestas a las interrogantes se llega a conclusiones y planteamientos interesantes y de evidente actualidad.

Al referirse al fracaso del marxismo, se destaca la obsolescencia de la lucha de clases y lo superficial y equivocado de considerarla como el motor de la historia. Lo anterior lleva a la conclusión de que hoy debe considerarse la variable “clase social” como muy poco determinante del comportamiento político.

Como razones principales del derrumbe de la utopía socialista se destacan “el fracaso ostensible de las economías socialistas para satisfacer las necesidades de las poblaciones” y “la vigencia y el empuje del pluralismo como fenómeno social y político”, lo cual “confirma nuevamente de manera empírica la primacía que tiene la libertad como criterio fundamental para organizar la vida en sociedad”.

Lo interesante del tema, por su carácter polémico y su actualidad, así como el trabajo minucioso y trascendente del autor para enriquecer el debate público, justifica con creces la motivación de la iniciativa de organizar este Premio Anual, llamado a convertirse en un gran faro que irradie la luz de la libertad a todos los ciudadanos del mundo.

Hugo Fonseca Viso
Director CEDICE

Mercado y pluralismo en Venezuela:

HACIA LA REIVINDICACIÓN DE LA LIBRE INICIATIVA

A mediados del siglo XIX, Carlos Marx predijo que las contradicciones de clases en las sociedades capitalistas llevarían inevitablemente a la expansión y al predominio del comunismo en el mundo. Poco más de un siglo después, Brzezinski y Friedrich (1965), en su clásico estudio sobre el totalitarismo, parecieron llegar a compartir, en forma parcial y de manera implícita, esta conclusión:

Los sistemas fascista y comunista surgieron en respuesta a una serie de crisis sin precedentes, y ambos han exhibido una tendencia continua, aunque intermitente, a hacerse más totalitarios. No hay motivos en la actualidad para concluir que los sistemas totalitarios existentes desaparecerán como resultado de su evolución interna, pese a que esta posibilidad no puede ser descartada del todo. Los dos gobiernos totalitarios que han perecido hasta ahora, lo han hecho a causa de guerras con poderes foráneos.⁽¹⁾

Transcurrido un cuarto de siglo desde la última fecha, de las tesis anteriores puede decirse que han sido desvirtuadas por la realidad: los conflictos de clases se han hecho cada vez menos importantes alrededor del mundo y el comunismo ha sufrido un colapso interno no sólo en su cuna, la Unión Soviética, sino también los satélites de ésta en Europa Oriental. Adicionalmente, la tesis más popular -aunque sin duda controvertible- sobre el devenir del orden político internacional es la del triunfo definitivo de la democracia liberal sobre sus rivales históricos. En palabras de Francis Fukuyama (1990:33), su más conocido exponente, con el consenso que se ha desarrollado en todas partes sobre la viabilidad y la deseabilidad del liberalismo económico y político, se ha llegado al “final de la historia”. Final que, siguiendo a Hegel, el autor concibe no como el fin de los eventos mundanos, sino como la terminación de la polémica ideológica sobre las formas ideales de organización social y política. En tal sentido, según Fukuyama, la democracia liberal habría sido aceptada casi universalmente hoy en día como el sistema político ideal.

¿Por qué las tesis sobre la expansión del comunismo y del totalitarismo resultaron tan frágiles desde el punto de vista empírico? ¿Cuán sólida es la tesis de Fukuyama sobre el triunfo definitivo de la democracia liberal? ¿Se puede extraer alguna lección útil para Venezuela del análisis de las tesis anteriores?

Las páginas que siguen son un intento por responder a tan cruciales interrogantes y por vislumbrar cuáles son las perspectivas para reivindicar y fortalecer la libre iniciativa en el país.

LA OBSOLESCENCIA DE LA LUCHA DE CLASES

La predica marxista sobre lucha de clases como motor de la historia responde a lo que sus adherentes denominan “leyes del movimiento”, esto es, supuestas leyes naturales que reflejan una dinámica real, objetiva, antes que consideraciones normativas o ideales. Según los postulados de estas “leyes”. El enfrentamiento inevitable entre el capital y el trabajo desembocaría en una verdadera revolución social y política -empezando por las naciones capitalistas más avanzadas- de la cual surgirían una dictadura del proletariado y eventualmente la sociedad comunista.

Ante la ostensible falta de concreción de la profecía marxista, en el período de la postguerra se produjeron algunos intentos de reinterpretación de la tesis sobre el conflicto de clases como factor fundamental del cambio histórico. Algunos de ellos provenían del propio campo marxista, mientras otros procedían de académicos formados en disciplinas distintas al materialismo histórico y sin vinculaciones afectivas o de militancia con el comunismo. Entre estos últimos cabe mencionar al sociólogo norteamericano Seymour Martin Lipset, quien popularizó la tesis de que los comicios periódicos para llenar los cargos de elección popular sirven de sustitutos no violentos de la lucha de clases en las sociedades occidentales. En su conocida obra **Political Man, The Social Bases of Politics**, Lipset (1963) sostiene, en efecto, que esa expresión pacífica del conflicto de clases se concreta en una tendencia inequívoca de los estratos bajos de la población a sufragar por los partidos y los candidatos de la izquierda; de los estratos altos, por los partidos y candidatos de derecha. En forma más específica, la tesis de Lipset implica que:

1) El sufragio universal reduce sustancialmente la desigualdad política al conferir el derecho de voto a los menesterosos, quienes constituyen la mayoría del electorado.

2) Estos tienden a apoyar a los partidos de izquierda, que buscan redistribuir el ingreso en favor de los necesitados.

3) Los partidos de izquierda se enfrentan a los de derecha, que obtienen su mayor apoyo de los grupos de alto ingreso y que constituyen organizaciones orientadas a proteger el interés económico de éstos.

4) El no defender los intereses de clase de sus electores, se traduce en la pérdida de apoyo electoral para un partido. Las elecciones son, en consecuencia, un mecanismo del conflicto democrático de clases. (Jackman, 1986).

Los datos que Lipset presenta en su obra, recabados en países europeos y en Estados Unidos en la década de los cincuenta, confirman parcialmente su tesis. Así, en Inglaterra, por ejemplo, los estratos sociales más elevados tendían a inclinarse por el “derechista” Partido Conservador, en tanto que los más bajos tendían a hacerlo por el “izquierdista” Partido Laborista. Esta confirmación es, sin embargo, sólo parcial, ya que incluso para la época en que se realizó el estudio se observaban desviaciones importantes de las tendencias.

Tal es el caso, por citar sólo uno, de los llamados “trabajadores tories” (Tory Workers), que representaban el 37 por ciento de la clase trabajadora británica y el 33 por ciento del caudal del partido Conservador en los años cuarenta y cincuenta. (Abrams, 1966):207). Más recientemente, es obvio que la tendencia a sufragar siguiendo criterios clasistas ha perdido todavía más su importancia en Gran Bretaña, donde, a pesar de que las dos terceras partes de sus ciudadanos son considerados miembros de la “clase trabajadora”, son los conservadores quienes más han ejercido el gobierno durante las últimas décadas.⁽²⁾ Esta situación se ha presentado de manera similar en los demás países estudiados por el autor.

¿Cuáles son las razones que explican esta obsolescencia del criterio clasista en el campo electoral y en el campo político en general? Hay distintas razones que sirven para explicar este hecho. La primera, indudablemente, es que el período de la postguerra ha sido uno de creciente bienestar material para las llamadas clases trabajadoras de las sociedades industriales. Y este bienestar material ha surtido un efecto igualador o nivelador en las actitudes políticas y no políticas de los miembros de esas sociedades. En segundo término, resulta claro que tanto el marxismo como sus sucedáneos ignoraron olímpicamente otros “clivajes” o divisiones estructurales de la sociedad, que tienen a menudo un peso igual o superior al de las diferencias de clases para explicar el comportamiento político de los ciudadanos. Esos “clivajes” incluyen, entre otras, las diferencias religiosas, étnicas, lingüística, educativas, regionales y organizaciones que en mayor o menor medida existen en toda sociedad y que son empleadas frecuentemente por las organizaciones políticas como banderas para captar adherentes. Por último, la tesis de las elecciones como expresión democrática del conflicto de clases se halla implícitamente construida sobre dos supuestos que son conceptual y empíricamente débiles. El primero de esos supuestos es que la competencia interpartidista tiene lugar en forma programática-ideológica, a la manera de una contrastación de alternativas claras y distinguibles para favorecer a una clase social en oposición a otra u otras. Es este contraste inequívoco de programas de gobierno el que posibilitaría el alineamiento clasista de los votantes: los pobres detrás de una izquierda teóricamente igualitarista y los ricos detrás de una derecha supuestamente conservadora. Pues bien, la evidencia empírica revela que tal supuesto es fundamentalmente irreal: los aspectos generales de las políticas públicas ofrecidas en los programas prevalecen abrumadoramente sobre los aspectos específicos; los candidatos a cargos electivos tienden a adoptar posiciones relativamente ambiguas antes que muy definidas en torno a los principales temas de la agenda pública; y las plataformas programáticas tienden a converger antes que a polarizarse en extremos de derecha a izquierda, aun en aquellos sistemas donde las preferencias de los votantes son asimétricas o bimodales. (Jackman, 1986: 137-138). El resultado de estas tendencias son programas de gobierno -y campañas electorales- generalmente vagos, basados en “appeals” consensuales y sin especificaciones relativas a cómo alcanzar los grandes objetivos propuestos, los cuales pueden resultar incompatibles en el corto plazo, como sería el caso de la reducción significativa y simultánea de la inflación y el desempleo.⁽³⁾

El otro supuesto se halla estrechamente vinculado con el anterior: que el ciudadano, a la hora de sufragar, analiza concienzuda y detenidamente las opciones electorales presentadas por partidos y candidatos y se decide por aquella que mejor refleja sus intereses objetivos de clase. Desde luego, detrás de este supuesto se encuentra no sólo la idea de que los partidos plantean sus ofertas de manera inequívocamente clasista, sino también la idea, por un lado, de que los votantes se hallan preparados para comprender las diferencias de las políticas públicas presumiblemente presentadas por cada partido en sus ofertas y, por el otro, que las mismas son evaluadas ideológicamente. Nuevamente, aquí se presenta el caso de que la evidencia empírica desvirtúa al supuesto: es sólo una minoría de la población votante la que se encuentra bien informada sobre los asuntos públicos como para poder evaluar y entender eventuales diferencias entre diversas propuestas de política pública; es también una minoría, de alrededor de un veinte por ciento en EE.UU., e Inglaterra, la que se halla en capacidad de realizar evaluaciones políticas en términos ideológicos (Converse, 1975); finalmente, para las grandes mayorías, es una variable afectivo-actitudinal, la simpatía partidista, la que explica el más alto porcentaje de variación en el comportamiento electoral de los ciudadanos.⁽⁴⁾

En síntesis, contrastando con los marxistas y con otros analistas de décadas pasadas, son pocos los que hoy consideran decisiva por sí sola a la variable clase social como determinante del comportamiento político. La igualación social experimentada en las sociedades industriales, así como la creciente comprensión de los distintos mecanismos que mueven la conducta de los ciudadanos, han sido factores determinantes en este cambio de percepción. A ello cabe agregar, como veremos abajo, el desencadenamiento de eventos que parecen haber dado definitivamente al traste con el comunismo, no sólo en cuanto encarnación de un sistema ideológico o de creencias, sino también como organización social y política concreta.

LA DESAPARICIÓN DEL TOTALITARISMO

En la caracterización clásica formulada por Brzezinski y Friedrich (1965), el totalitarismo es un síndrome o patrón de rasgos interrelacionados y mutuamente reforzantes. Dichos rasgos son los siguientes:

- Una ideología totalista, que pretende no sólo explicar al mundo sino también servir de guía para su transformación.
- Un partido único, típicamente conducido por un líder.
- Una política terrorista.
- Y un monopolio de las comunicaciones, de las armas y de las organizaciones económicas y sociales, lo que entraña una economía centralmente planificada (Brzezinski y Friedrich, 1965: 9; Linz, 1975: 187).

Este carácter sinérgico atribuido al síndrome totalitario, el sentido de “misión” de estos regímenes, su acentuada movilización política y militar, así

como el hecho de que el fascismo y el nazismo debieron ser derrotados en el campo de batalla, se aunaron como evidencia para que los autores citados postularan la hipótesis sobre la improbabilidad de que el totalitarismo desapareciera por evolución interna.⁽⁵⁾ La destrucción de la línea divisoria entre el Estado y la sociedad y los designios expansionistas del comunismo lo convertían así en la mayor amenaza de todos los tiempos a la libertad y a la democracia.

Veinticinco años más tarde, sin embargo, nos encontramos con un comunismo en franco proceso de repliegue y apertura, y probablemente de disolución: pacíficamente en la mayoría de los casos, aunque desafortunadamente en forma brutal en el caso rumano. Y el proceso luce indetenible y difícil de revertir.

¿Por qué se ha generado esta dinámica de cambio cuando apenas unos años atrás pocos la consideraban posible?.

Son dos las razones principales que se hallan detrás de este hecho. La primera es el fracaso ostensible de las economías socialistas para satisfacer las necesidades de unas poblaciones sometidas por décadas a las penurias de la escasez, el racionamiento y la poca calidad de los bienes y servicios producidos en ellas.⁽⁶⁾ Fracaso éste detrás del cual se halla, a la vez, el fracaso de la planificación central como fórmula para organizar la economía de un país. Y es que esta fórmula, como lo han demostrado distintos autores, entre quienes destaca Charles Lindblom (1977), descansa sobre una serie de supuestos irreales: (1) que es posible coordinar toda la producción de un país, (2) que las comunicaciones fluyen normal y expeditamente de uno a otro de los niveles jerárquicos que conforman el sistema central de planificación, esto es sin sufrir distorsiones al circular entre las diferentes unidades de producción, y (3) que el monto de información requerido para que el sistema opere adecuadamente es “manejable” para cada una de las unidades jerárquicas del sistema, o sea, que en ese sistema de control omnipresente no se producen los problemas relativos a la sobrecarga informativa. No es necesario prodigarse aquí en detalles sobre lo ilusorio que resulta cada uno de estos supuestos, pero sí debe enfatizarse – por la ascendencia que el centralismo tiene y ha tenido en Venezuela- que aparte de la ineficiencia inherente a la centralización económica, administrativa y política, estas formas del centralismo generan ineluctablemente la corrupción que, en sistemas cerrados y sin unidades contraloras independientes, sirve para socavar las bases de tales sistemas.

La otra razón de peso que ayuda a explicar el colapso del totalitarismo -y con éste, el de las teorizaciones en torno al mismo como un sistema no transformable sin el uso de la fuerza- es la vigencia y el empuje del pluralismo como fenómeno social y político. En tal sentido, el auge del pluralismo, como sistema de intermediación de intereses opuesto al corporatismo característico de regímenes totalitarios y autoritarios, confirma nuevamente de manera empírica la primacía que tiene la libertad como criterio fundamental para organizar la vida en sociedad.

¿Pero qué es, más precisamente, el pluralismo?

Es un sistema de intermediación de intereses, es decir, de mediación, entre el ciudadano y el Estado, en el cual las unidades constituyentes son múltiples, voluntarias, competitivas, poco o nada jerarquizadas e independientes del Estado. En contraste, el corporatismo es un sistema de intermediación de intereses cuyas unidades integrantes son numéricamente limitadas, de obligatoria adhesión, no competitivas, jerárquicas y dependientes del Estado para su creación o legalización y para su financiamiento, así como investidas por éste del monopolio representativo de algún sector social a cambio de su apoyo al régimen (Schmitter, 1977). De este modo, mientras el pluralismo entraña un patrón de formación espontánea de múltiples grupos, el corporatismo es esencialmente dirigista y limitante de la libertad y de la autonomía individual y grupal.⁽⁷⁾

Aunque por años se debatió sobre las bondades inherentes a cada una de estas formas organizativas de la sociedad civil, hoy se está dando en Europa Oriental una lección viviente sobre el fracaso del corporatismo o del dirigismo estatal, la cual habrá de repercutir en todas las regiones del mundo; y paralelamente a ella, otra lección sobre cómo el pluralismo representa la forma más espontánea de expresarse y organizarse una sociedad que se embarca en un proceso modernizador.

Lo cual constituye otra manera de aceptar, por una parte, que los llamados “clivajes” sociales son mucho más numerosos que las meras diferencias entre clases, y por la otra, que si bien es cierto que un régimen hegemónico puede suprimir temporalmente la autonomía de los grupos que tienden espontáneamente a organizarse para proteger y avanzar sus intereses alrededor de dichos “clivajes”, cualquier indicio de apertura por parte de ese régimen desencadena la expresión abierta de las tendencias autonómicas o pluralistas de la sociedad. En el caso de las sociedades europeo-orientales, esta tendencia se concreta actualmente en la emergencia de múltiples organizaciones partidistas, ecologistas, sindicales, étnicas, nacionales, etc., las cuales se extienden a todo lo largo del espacio hasta hace poco monopolizado por el partido único, concebido como “correa transmisora” ente la sociedad y el Estado.

El colapso del totalitarismo, en fin, obedece tanto a la ineficiencia e ineficacia que entraña la centralización económica para satisfacer las expectativas y necesidades de los consumidores, como a las tendencias pluralistas que dejan de ser latentes y se actualizan con fuerza una vez que un régimen hegemónico asoma indicios de cambios. A este proceso acelerado de derrumbe totalitario y de abandono de la postura salvacionista del marxismo, Francis Fukuyama lo ha bautizado como “final de la historia” o “período posthistórico”.

EL TRIUNFO DE LA DEMOCRACIA LIBERAL Y EL FINAL DE LA HISTORIA

Como se ha visto, tanto la utopía marxista como la tesis sobre la improbabilidad de detener la expansión totalitaria salvo por la fuerza han quedado desvirtuadas por los hechos: el comunismo no logró imponerse nunca

en las sociedades capitalistas avanzadas, y en aquellos sitios en donde logró hacerlo con la ayuda soviética, hoy se encuentra en franco proceso de retroceso o desintegración.⁽⁸⁾ El simplismo de convertir a los antagonismos de clase en “motor de la historia”, las tremendas ineficiencias inherentes a las economías de planificación central y las tendencias al pluralismo en las sociedades que se modernizan son los principales factores detrás de la mencionada desvirtuación.

Ahora bien ¿implica esto una validación automática de la tesis que pregona el triunfo definitivo del liberalismo democrático alrededor del mundo? ¿Hemos arribado en realidad, como lo plantea Francis Fukuyama, al final de la historia?.

Cuando Fukuyama publicó su trabajo en *The National Interest* durante el verano del año pasado, en la Unión Soviética y en Polonia se habían dado ya pasos importantes de apertura política, gracias, en no poca medida, al empeño renovador de Mijail Gorbachov y del Movimiento Solidaridad por sacar a sus respectivas sociedades del estancamiento a que las había llevado el comunismo. Fue meses después, sin embargo, con el colapso de los regímenes de Hungría (octubre), de la República Democrática Alemana y Checoslovaquia (noviembre) y de Rumania (diciembre) cuando se hizo claro el fin inminente del comunismo como idea-fuerza y como forma de organización política en el mundo. Súbitamente, el artículo de Fukuyama se convirtió en pieza central de una polémica reminiscente de la discusión generada a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta en torno a la tesis del “fin de las ideologías”, expuesta en esa época por autores como Raymond Aron y Daniel Bell.

Tanto entonces como ahora, a una y a otra tesis se les formuló una serie de críticas, muchas de ellas precipitadas y carentes de fundamentación. A éstas, Fukuyama ha tratado de dar respuesta en un artículo publicado en *Fortune* el 15 de enero del presente año. Las más importantes de las precisiones hechas por el autor son las siguientes:

- “Al final de la historia no es necesario que todas las sociedades lleguen a ser democracias liberales exitosas, sino simplemente que le pongan fin a sus pretensiones de representar las formas más elevadas de la sociedad humana”. Con contadas excepciones, esta pretensión del comunismo y de los comunistas ha llegado efectivamente a su fin.
- “Esto no implica en forma alguna el fin de los conflictos internacionales... El conflicto será posible entre Estados aún en la historia y entre éstos y otros en la posthistoria. También habrá un nivel alto, y quizás ascendente, de efervescencia étnica y nacionalista, ya que estos impulsos encuentran expresión incluso en partes del mundo posthistórico”. Dicho de otra forma, para Fukuyama el fin de la confrontación Este-Oeste no implica la abolición de la conflictividad internacional. Tampoco, para él, la aceptación o instauración de la democracia liberal supone necesariamente el fin de

los conflictos domésticos, ya que los “clivajes” sociales son múltiples y sempiternos y se expresan pacíficamente e incluso en forma violenta en la esfera política de los Estados democráticos.

- “Son los consumidores, no los productores, quienes tienen la ventaja en la definición de los objetivos políticos nacionales... Los productores en el mundo desarrollado han sido desregulados, taxados a niveles inferiores y en general liberados para operar más eficientemente, no porque sus intereses sean considerados los más importantes de todos, sino porque tal curso de acción ha sido el mejor para satisfacer las demandas de los consumidores”. Claramente, como lo señala el autor, los procesos de desregulación y en general de fomento de la iniciativa privada responden no a las conveniencias de las “clases dominantes”, como algunos trasnochados del marxismo aún sostienen, sino al hecho de que ese es el medio más idóneo para satisfacer las exigencias del consumidor y, por consiguiente, para incrementar el bienestar de todos, consumidores y productores.

En fin, la tesis de Fukuyama sobre la victoria de la democracia liberal sobre otros modelos de organización social y política no es lo simplista que algunos de sus críticos han querido hacer ver. En ella se recogen, más bien, observaciones perspicaces sobre lo que ha sido el descenso del comunismo y el ascenso del liberalismo alrededor del mundo y se ofrecen explicaciones de innegable valor heurístico sobre las causas de este proceso. Entre ellas destaca, obviamente, el convencimiento creciente de que la fórmula ideal para el desarrollo autosostenido de una sociedad son los mecanismos de mercado y no la planificación central. Ciertamente, Fukuyama pasa por alto en su trabajo diversos aspectos normativos y empíricos que han sido objeto de discusión por filósofos y teóricos políticos durante años. La contradicción parcial que existe entre el elemento libertario y el elemento igualitario de la democracia, por citar alguna, constituye un ejemplo de esas omisiones. En términos generales, no obstante, ese trabajo representa una reflexión oportuna y útil sobre los trascendentales cambios que en escala planetaria ha venido ocurriendo en las esferas económicas, política y social.

EL IMPACTO DE LOS CAMBIOS SOBRE EL SISTEMA POLÍTICO VENEZOLANO

Pese al aldeanismo que caracteriza a mucha de su élite política, los vientos de cambio que soplan en el mundo no han dejado de impactar a Venezuela. Este impacto comenzó a hacerse ostensible entre la dirigencia partidista nacional alrededor de dos años atrás, cuando los mayores partidos del país, Acción Democrática y Copei, presentaron a consideración del electorado sendos programas de gobierno orientados globalmente y de manera coincidente a desregular y a diversificar la economía, a incrementar la competitividad internacional de sus productos y a hacerla por lo tanto menos dependiente del petróleo. Para ellos, ambos programas proponían abandonar el tradicional intervencionismo de los gobiernos en la economía y en la vida

social, para adoptar una estrategia promotora de la libre competencia, de la iniciativa individual.

Con el ascenso al poder, en febrero de 1989, de la administración electa dos meses antes, las líneas más generales del programa de gobierno comenzaron a ser aplicadas (política cambiaria, política monetaria, política de precios y política comercial). Este proceso de apertura económica ha continuado, con algunos altibajos, sin contar siquiera con un apoyo decidido del partido gobernante.

¿Por qué existe esa resistencia al cambio si las principales organizaciones partidistas del país habían prometido abordarlo en sus respectivos programas de gobierno?.

Hay dos razones principales que permiten explicar esta resistencia. La primera es de origen histórico y la segunda de carácter ideológico. Aquella se refiere, específicamente, a la configuración centralista, partidista, intervencionista y populista que se le imprimió al sistema político venezolano casi desde el momento mismo de la caída de la dictadura (1958), con la finalidad de consolidar una democracia incipiente y asediada por múltiples enemigos. Con la derrota de la subversión a principios de los años setenta, a la democracia representativa ya consolidada se le planteaba un nuevo reto: impulsar su desarrollo autosostenido, mediante la adopción de un proceso decidido de apertura, esto es, a través de la despartidización de la sociedad, de la desregulación y desentramamiento de la economía, de la descentralización política y administrativa; en fin, mediante el rescate de la libre iniciativa, de la sociedad civil, que había estado sometida por década y media al tutelaje gubernamental y partidista en aras de la estabilización. No obstante, factores políticos de tipo inercial, aunados al “boom” petrolero que comenzó en 1974, se conjugaron no sólo para postergar los cambios requeridos para estimular el desarrollo, sino para fortalecer más bien al partidismo, al populismo y al intervencionismo estatal (Grupo Roraima, 1987). En el ámbito de la intermediación de intereses, este proceso condujo a un robustecimiento de los rasgos corporatistas del sistema político, los cuales entrañan un evidente sesgo que favorece al sindicalismo en desmedro de otros sectores sociales del país.
(9)

En cualquier caso, lo cierto es que las circunstancias anotadas sirvieron para reforzar las reglas de juego prevalecientes en las áreas económica y política, pese a que eventos como el llamado “viernes negro” y la caída drástica del ingreso petrolero en 1986 pusieron de relieve, en toda su magnitud, el agotamiento definitivo del sistema y recomendaban la adopción urgente, por una parte, de un nuevo esquema de crecimiento económico y por la otra, de un nuevo tipo de interacción entre sus actores sociales, económicos y políticos.

La segunda razón que explica la resistencia al cambio es de tipo conceptual o ideológico. Se trata en pocas palabras, de las ataduras con el paternalismo estatal que conservan las élites políticas del país, aún por encima de los indicios provenientes de distintas partes sobre la quiebra del dirigismo del Estado. En Venezuela, estas élites han comenzado a aceptar, abrumadas

por los hechos, que el mercado, y no la planificación central, es el mecanismo que mejor garantiza la solución de los problemas de la producción. Estas mismas élites, empero, como en forma lúcida lo ha planteado recientemente Emeterio Gómez (1990), siguen aferradas a la idea de que, en materia de distribución, es la sensibilidad social de los gobernantes la llamada a permanecer como criterio rector.

Esta dualidad conceptual se halla reforzada, sin duda, por las prebendas y privilegios que el corporatismo-clientelar proporciona a importantes núcleos políticos a través del manejo de lo que genéricamente puede llamarse “canales de distribución del ingreso”. Desafortunadamente, es posible que este refuerzo crematístico continúe ofuscando por algún tiempo más el entendimiento de gran parte de la dirigencia política de un país en el cual los fondos para la manutención de los activistas de los partidos y para el financiamiento de las onerosas campañas electorales provienen abrumadoramente de las ineficiencias y distorsiones de una burocracia hipertrofiada y clientelar.

La situación descrita no debe, a pesar de todo, mover al pesimismo. Domésticamente, es innegable que las tendencias pluralistas de la sociedad civil se han hecho sentir en forma cada vez más palpable: durante los últimos años han surgido y se han consolidado grupos, asociaciones y movimientos que, manteniéndose al margen de la influencia avasalladora tradicionalmente ejercida por el gobierno y los partidos, buscan avanzar sus intereses y puntos de vista en asuntos tan diversos como los vecinales, la protección al consumidor, la conservación del ambiente, la divulgación del conocimiento económico, la calidad de vida, la promoción de la cultura, la reforma del sistema político, la apertura y sinceración de la economía, etc. En el plano internacional, por su parte, el derrumbe del comunismo en Europa del Este y los triunfos electorales en Polonia, Alemania Oriental y Hungría de movimientos promotores de la economía de mercado están produciendo un “efecto demostración” del cual no podrán sustraerse por mucho tiempo más aquellos dirigentes políticos del país que permanecen aferrados en forma dogmática a esquemas estatizantes de la economía y la sociedad.

Estos dos factores, domésticos y externo, se reforzarán seguramente el uno al otro en el futuro para servir de catalizador del proceso de cambio económico, político y social que viene experimentando Venezuela. En este contexto, la difusión y discusión de tesis como la de Francis Fukuyama sobre el “final de la historia” puede constituirse -con todas las reservas que ellas son capaces de despertar- en un soporte adicional a la libre iniciativa, gracias al mensaje transmitido por dichas tesis sobre la obsolescencia y el fracaso del dirigismo estatal en todas partes del globo. Y esta es una tarea en la que indudablemente se hallan comprometidos todos aquellos que creen en la primacía de la libertad como principio rector de la vida económica, social y política de cualquier nación.

NOTAS

- (1) Los autores se refieren, naturalmente, a la desaparición del fascismo y del nazismo a mediados de los años cuarenta. Esta tesis sobre la acentuación progresiva de los rasgos totalitarios del fascismo y el comunismo es lógicamente compatible con la idea de que la desaparición de esos regímenes sólo se puede lograr con la aplicación de la fuerza desde afuera. Veinticinco años más tarde, uno de los autores, Zbigniew Brzezinski (1990 a, 1990 b) revisó en forma sensible su postura inicial, habiendo predicho un largo proceso de conflictos internos en la URSS que bien podría desembocar en una “democratización caótica” o en un retorno al centralismo autoritario.
- (2) Desde 1945 hasta hoy, los laboristas han gobernado durante 17 años (1945-51; 1964-70; 1974-76; 1976-79), mientras los conservadores lo han hecho durante 28 (1951-55; 1955-57; 1957-63; 1963-64) 1970-74; 1979-90). En los últimos meses, la Primera Ministra conservadora, Margaret Thatcher, ha visto declinar en forma sustancial su popularidad, a pesar de que su política económica ha reactivado sensiblemente la economía británica y ha beneficiado a la mayoría de los ciudadanos. Las próximas elecciones generales deberán realizarse en principio en 1992, por lo que no pocos analistas consideran posible una recuperación de la imagen de la señora Thatcher entre la masa electora.
- (3) Esta indefinición ideológica o programática en las campañas electorales responde, en gran medida, al deseo de los políticos de evitar la posibilidad de enajenarse el apoyo de los votantes potenciales al asumir posiciones muy concretas que favorezcan a algún sector pero que desfavorezcan a otro.
- (4) Este mismo patrón de primacía de la identificación partidista como variable casual del comportamiento electoral es el que prevalece en Venezuela. Véase: Torres (1980), O'Connor (1980), Koeneke (1984).
- (5) En contraste con los regímenes totalitarios, los autoritarios han sido tradicionalmente considerados susceptibles de evolucionar hacia la democracia. Esta diferencia deriva del hecho de que en los regímenes autoritarios los gobernantes normalmente se contentan con mantener el control de las instituciones gubernamentales y con desmovilizar a ciertos sectores de la sociedad civil, pero sin pretender ejercer control sobre toda la sociedad, como en el totalitarismo. Ver: Linz (1975)
- (6) La brecha tecnológica es, desde luego, uno de los aspectos de más peso en la situación descrita de escasez y poca diversidad de bienes que experimentan las sociedades comunistas. En un artículo reciente, la economista húngara Anna Sandor (1987) atribuye la política de “glasnost” al deseo de Gorbachov y de cierta élite tecnocrática soviética de cerrar la creciente brecha entre la URSS y los países occidentales en materia de informática. Para el momento en que se publicó su trabajo, la autora estimaba que la URSS se hallaba entre 5 y 10 años detrás de occidente en la materia (Diario Mundial, mayor 1987). En términos más generales, la brecha económica entre las naciones de Europa Oriental y la Comunidad Económica Europea (CEE) se puede apreciar en estas simples cifras: mientras la población conjunta de las primeras representa un tercio de la población conjunta de las naciones de la CEE, el PNB de aquellas representa 14 por ciento del PNB de éstas (Morgan Guaranty trust Co., 1990:12).
- (7) Robert Dahl, quizás el más conocido teórico del pluralismo, distingue el “pluralismo conflictivo” del “pluralismo organizacional”. El primero se refiere a los “clivajes” o divisiones estructurales que caracterizan a todas las sociedades. El segundo se refiere a la institucionalización u organización de esas diferencias sociales, con la finalidad de proteger y avanzar los intereses grupales. Esta emergencia de grupos de interés se caracteriza por ser usualmente equilibrada, es decir, porque las organizaciones surgidas en torno a un “clivaje” representan intereses divergentes que tienden a neutralizarse entre sí. Este hecho, aunado a la multiplicidad afiliativa de los ciudadanos de una democracia y al empleo de la negociación como forma dominante

de interacción política, explican la estabilidad de las poliarquías o regímenes democráticos.

- (8) Hay quienes señalan que Cuba, Corea del Norte y otras “democracias populares” del Tercer Mundo son y serán excepciones en este proceso de abandono del comunismo. Este punto de vista ignora, sin embargo, que estos regímenes son, por un lado, altamente personalistas, dependientes de la figura de un líder (Castro, Kim Il Sung), y por el otro, dependientes de la ayuda del bloque soviético para su subsistencia. Con la ayuda internacional de la URSS actualmente en proceso de reducción, la apertura de estos regímenes parece inevitable, aun cuando sus hombres fuertes la adversen.
- (9) Estos rasgos se concretan, por ejemplo, en la legislación sobre representación obligatoria de los trabajadores en los directorios de las empresas del Estado; en el artículo 8 de la Ley Orgánica de Enajenación de los Bienes del Sector Público no Afectos a las Industrias Básicas; en la Ley Contra Despidos Injustificados, en los sustanciales subsidios directos a la CTV contemplados anualmente en las leyes de presupuesto, etc.

REFERENCIAS

- Abrams M. (1996) "Social class and British politics". En **Political Sociology**, NY: Harper and Row. Editado por L.A.Coser.
- Brzezinski, B. (1990 a) "Ideas for the 1990s". **Fortune**, marzo, 26.
- Brzezinski, B. (1990 b) "The crisis of communism: The paradox of political participation". En **The New Democracies: Global Change and U.S. Politics**. Cambridge: MIT Press. Editado por B. Roberts.
- Brzezinski, B.y C. Friedrich (1965). **Totalitarian Dictatorship and Autocracy**. NY: F.A. Praeger.
- Dahí, R. (1978). "Pluralism revisited". **Comparative Politics 10**.
- Fukuyama, F. (1990). "Are we at the end of history". **Fortune**, enero 15.
- Gómez, E. (1990). "Canache, la socialdemocracia y el neoliberalismo". **El Universal**, abril 1.
- Grupo Roraima (1978), **Más y Mejor Democracia**. Caracas: Cromotip.
- Jackman. R. (1986). "Elections and the democratic class struggle". **World Politics 39**.
- Koeneke, H. (1984). "Las elecciones del 4 de diciembre y la llamada polarización electoral". En **1984 ¿A dónde va Venezuela?** Caracas: Planeta. Editado por R.J. Velásquez.
- Lindblom, Ch. (1977). **Politics and Markets**. NY: Basic Books.
- Linz, J. (1975). "Totalitarian and authoritarian regimes". En Handbook, of Political Science 3, Reading, Mass.; Addison-Wesley, Editado por F. Greenstein y N. Polsby.
- Lipset, S. (1963). Political Man: **The social Bases of Politics**. NY: Anchor Books.
- Morgan Guranty Trust Co. (199. **World Financial Makets**, febrero 14.
- O'Connor, R. (1980)."The electorate". En **Venezuela at the Polis**, Washington: American Enterprise Institute. Editado por H. Penniman.
- Sandor, A. (1987). "Brecha tecnológica inspira campaña de glasnost". **Diario Mundial**, mayo.
- Schmitter, P. (1977) "Modes of interest intermediation and models of societal change in Western Europe". **Comparative Political Studies 10**.
- Torres, A. (1980). "¿Crisis o consolidación de los partidos en Venezuela?. **Argos**.